

Precio 10 cts.

# Reproducción

Tomo IV, No. 68.—25 de Agosto de 1921

---

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 250

## SUMARIO

---

1. *La guerra es un mal*
2. *Miscelánea*

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

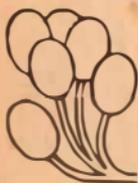
Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

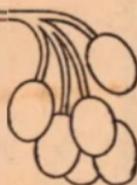
Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.



# REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 68.—25 de Agosto de 1921

---

---

## Los móviles del soldado

### II

Al ejército le importan muy poco los móviles que inducen a alistarse a la gente, porque confía en su facultad de hacer de los quintos, hombres nuevos, por un procedimiento propio, que puede sintetizarse en la palabra «disciplina». Una de las lecciones de la guerra es que la disciplina puede convertir en buenos soldados a los reclutas que menos prometen.

Cuánto éxito puede lograrse en esto, lo demuestra el heroísmo del ejército regular en la retirada de Mons. Este ejército no lo formaban en manera alguna los mejores elementos de la nación; al menos no eran los que juzgamos mejores según las pautas que rigen en tiempo de paz. Y, sin embargo, el recuerdo de la batalla que sostuvieron perdurará para siempre. En el ejército novel, el heroísmo era también la cosa más común del mundo. La

resistencia de los soldados era increíble. Recuerdo haberle curado las heridas a un soldado que tenía tres o cuatro balas en el cuerpo, quien, al terminar la cura, me dijo que le viera la espalda, donde, con gran sorpresa mía, le encontré un enorme carbunco tan grande como la palma de la mano y con un agujero en el centro, por donde le cabía un dedo; lo tenía en medio de los omoplatos, precisamente donde soportaba la mochila; y así resistió cuatro días de marcha y tres de combate con el peso de la mochila comprimiéndole el carbunco inflamado. Este soldado podía haberse declarado enfermo; pero no lo hizo, prefiriendo soportar tan agudo dolor antes de pensar que había desertado en un momento crítico. Tal heroísmo y tal resistencia para soportar el dolor son fruto de la disciplina.

La disciplina puede definirse diciendo que es el procedimiento por el cual se funde la voluntad individual en la del ejército. El recluta entra en una sociedad completamente diferente, en la cual su individualidad propia tiene muy poco valor. No importa lo

que se haya hecho antes en la vida, pues todo lo pretérito queda borrado. El individuo es simplemente materia prima con la cual entra a trabajar el ejército. Bien recuerdo la brusquedad de mi iniciación en semejante sociedad. Apenas me había puesto el uniforme, con las polainas mal ajustadas, me llevaron con ocho quintos más a prestar el juramento en presencia del comandante, el cual me pareció un señor muy amable. Durante un rato estuvo conversando con nosotros muy agradablemente, luego nos puso en fila, haciéndonos conservar la línea recta, y, con modales tan afectuosos como los de un padre para con sus hijos, nos explicó el significado de la posición de atención, y finalmente nos preguntó cortésmente si estábamos seguros de lo que íbamos hacer. Entonces, de pronto, con una voz terrible, nos gritó: «Atención, firmes». El amable caballero había desaparecido. Ya éramos soldados. Pocos minutos después, estaba yo atónito en presencia del sargento. Desde aquel momento dejamos de ser lo que habíamos sido. Eramos otras criaturas.

La personalidad del ejército pronto

la percibe el recluta mucho más que su misma alma. Todo el que haya marchado una jornada debe de haberlo sentido. La columna serpea a lo largo del camino como si fuera una sola criatura viviente, de la cual cada soldado es sólo una célula sin voluntad propia. Uno no dirige su dirección ni su paso; y ni siquiera las piernas le pertenecen. Un impulso común regula el ritmo con que se suben y bajan los pies. La vida del conjunto está fuera de nosotros; fuera de cada individuo. Más tarde, cuando la marcha se prolonga, y los arreos nos matan los hombros, el rifle se nos ha convertido en un plomo, y las botas nos torturan como furias, tiene uno que seguir adelante a pesar de sí mismo. Y de esta manera, como parte de la columna, uno soporta fatigas y penas que lo matarían si las padeciera solo.

Toda la preparación del ejército se hace con este único fin: el de fundir al individuo en la masa. Por supuesto que el desarrollo del cuerpo, el manejo del fusil y la bayoneta y el aprendizaje de las evoluciones son cosas secundarias, pues que el objeto principal,

patente en la manera con que se hace todo, es subyugar nuestra personalidad, substituir nuestra propia voluntad con una voluntad extraña.

La disciplina es una cosa muy distinta de lo que podríamos llamar dirección, pues ésta reconoce la voluntad del individuo y trata de atraerse su cooperación. La disciplina no admite tal cosa. Ella se impone, manda. No tiene nada que hacer con la personalidad del oficial. Descansa en la personalidad del ejército. Si un pelotón de hombres vacila ante una tarea peligrosa o puerca y el sargento se quita la blusa y da el ejemplo, eso sería buena dirección, pero malísima disciplina, y el sargento un pésimo oficial. En toda orden que se da está toda la autoridad del ejército, aunque emane de un simple cabo primero.

La disciplina se aplica hasta a los más íntimos detalles de la vida. Las horas de levantarse, de comer, de acostarse, están todas reglamentadas; la ropa, el porte del cuerpo, hasta la asistencia a la iglesia, tienen sus reglas.

Hay infinitos modos de recordarle

a úno la tremenda realidad del sér colectivo a que debe someterse.

El lado negativo de la disciplina es el miedo. Se lo inculcan a úno durante el período de la preparación por medio de los castigos completamente desproporcionados que se aplican a las pequeñas faltas y, cuando se entra en batalla, se tiene siempre en el fondo de la conciencia el pensamiento de que no hay elección, excepto entre la posibilidad de que nos alcance una bala, si avanzamos, y ¡la seguridad de que nos ocurra lo mismo si retrocedemos!

Esto está franca y brutalmente expresado en la siguiente definición de la disciplina que le oí a un general de división: «La disciplina consiste en hacerles tan insoportable la vida a los soldados detrás de las líneas, que cuando se les enfrente el enemigo vayan con gusto a tomar trincheras y a hacerse matar».

Esta sería quizá una definición perfectamente satisfactoria, si el objeto de la guerra fuera llevar los soldados al suicidio; pero, supuesto que el objeto no es que le maten a úno su gente,

sino lograr que ésta mate a la del enemigo, aunque haya peligro en hacerlo, la disciplina que se fundara solamente en el temor sería pésima, y la mayoría del alto comando lo reconoce así, con excepción de nuestro general de división.

A la vez sostenemos que el miedo desempeña un papel mucho más importante en los móviles del soldado que en la vida de los civiles. Sería falso decir que el miedo es el fundamento de la sociedad civil. La base de la sociedad es la mutua cooperación. Los más de nosotros nos complacemos en obedecer las leyes del Estado, porque consideramos que expresan nuestra propia voluntad. Nuestra personalidad y la del Estado están fundidas voluntariamente. La conciencia de este hecho es más eficaz que la policía. En el ejército no ocurre lo mismo. Nadie acepta voluntariamente los reglamentos militares. Sus propósitos son completamente ajenos, en su mayor parte, a los de sus miembros y contrarios a nuestros más profundos instintos. Al soldado se le exige mayor sufrimiento, brutalidad, heroísmo y odio de lo que

es capaz. El reglamento se le impone al soldado desde afuera, y siempre tiene presentes las penas horribles que esperan al que desobedezca.

El elemento positivo de la disciplina es el compañerismo, que es la aceptación de estos móviles externos como si fueran los propios, así sea mayor o menor el deseo que tenga el individuo de fundirse en la masa.

En la primera etapa de la preparación, usar la palabra «deseo» es decir mucho, puesto que implica un proceso demasiado consciente. La primera etapa consiste en formar el hábito de reaccionar automáticamente al estímulo exterior. Toda la enseñanza de los ejércitos tiende a establecer estas reacciones automáticas. En cierto sentido, la vida del ejército es una serie de ejercicios militares, organizada en todos sus pormenores para preparar al soldado a que funcione inconscientemente como un eco de la voluntad del ejército.

En seguida tenemos el desarrollo del alma del regimiento y del patriotismo regional. Antes de la guerra, la teoría militar inglesa recomendaba sa-

car todo el partido posible de las asociaciones regionales. Los territoriales estaban organizados sobre bases geográficas, de manera que cada soldado estuviera con otros de la misma región, y que la imagen del país por que peleaba fuera la del terruño.

Al levantar el nuevo ejército, se hizo un esfuerzo para formar unidades homogéneas, compuestas de gente de la misma clase o que tuvieran un mismo interés común, tales como el *Pals' Battalion* (batallón de los camaradas), el *Sportsmen's Battalion* y los *Miner's Battalions*; pero en el curso de la guerra hubo que abandonar este principio, pues la gente había que moverla con toda libertad de un cuerpo a otro. A causa de las grandes bajas, era necesario a veces cambiar casi todo el personal de una unidad en el transcurso de pocas semanas.

La lealtad al ejército fué menos importante que las formas especiales de la fidelidad al regimiento. El ejército en conjunto era demasiado grande y tremendo para despertar verdaderos sentimientos en la mayoría de la tropa. Era el ejército el que castigaba, el

que tenía al individuo entre sus garras. No se amaba al ejército, pero sí era posible amar a un batallón o a un regimiento, identificarse con sus propósitos, sentirse orgulloso de sus hazañas, y deplorar todavía con más intensidad el baldón que manchaba el nombre de una división que huía ante el enemigo. Cuando el oficial en funciones dictaba sus sentencias en el cuarto de guardia, ya no era tanto el coronel del regimiento como el instrumento impersonal e involuntario por medio del cual obraba el ejército; pero, por otra parte, cuando con su presencia inspiraba a sus soldados resistencia sobrehumana, era entonces *su* coronel, la personificación del regimiento.

Cuando el proceso de fundir al individuo en la masa se ha terminado, la cuestión ya no es la de los móviles del soldado individualmente, sino los del ejército considerado como un todo. Pero antes de tratar de éstos hay que mencionar dos móviles que bien pueden clasificarse como individuales: primero, la rabia instintiva que le hace a uno disparar con saña contra el individuo que trata de matarlo, la

ciega furia que acomete al hombre cuando ve a sus amigos muertos y mutilados; y, segundo, todo lo que se expresa con la palabra «camaradería». A quien observa la vida del soldado, lo impresiona el portento de esta camaradería. No es tanto una sumisión voluntaria ante el alma colectiva, sino más bien algo así como las acciones y conexiones recíprocas de las células que componen el organismo. Nace de la comunidad de sentimientos, incluyendo en este término el deseo de ser tan bueno como el que nos sigue; el impulso de defender al compañero y no abandonarlo; el temor de su desprecio; el impulso de ayudar al que está en apuros; de compartir lo que tenemos con el menos afortunado; de proteger el amigo en peligro; y, quizá más que todo esto, la simpatía que inspira el prójimo víctima del destino.

Pasando a los móviles colectivos, podríamos mencionar el odio como elemento esencial.

El odio se inculcó deliberadamente, y fué, antes que el amor a la patria, el elemento afectivo en la psicología de la masa. A nosotros se nos enseñó

el deber de matar alemanes, como si todos ellos fueran demonios. Las historias de las atrocidades se divulgaron de tal modo, que todo el ejército y, más aún, toda la nación detrás de él, se enardecieron en un odio ciego contra todo lo que fuera alemán. Lo curioso es que este odio no era individual, sino un sentimiento colectivo del ejército. Decir esto así es emplear el lenguaje del misticismo, pero no encontramos otro medio para expresar el hecho tal como lo observamos. Por supuesto que el odio lo sintieron los individuos, pero no tenía relación con la personalidad individual. Pocos soldados encontramos que, como individuos, odiaran a los alemanes. Cuando se quedaban solos, estaban más que dispuestos a fraternizar con el individuo enemigo. En cualquier circunstancia en que fulano, inglés, podía aproximarse a su antigua personalidad civil, el odio desaparecía y lo reemplazaba el reconocimiento de que mengano, alemán, era también un prójimo víctima del destino, y se hacía casi su camarada. Como ejemplo podemos mencionar el hecho de que, cuando los

prisioneros ingleses regresaron de Alemania, el ministerio de guerra destinó a un gran número de ellos a servir de guardas de los prisioneros alemanes en Inglaterra. Naturalmente, la mayoría de la gente pensó, unos con temor, otros con deleite, que serían vengativos, que tratarían de desquitarse y que los prisioneros a su cargo iban a pasar malos ratos. Pero, según nos dijeron los mismos prisioneros, sucedió precisamente todo lo contrario. Los nuevos guardas fueron mucho más considerados que los antiguos, los cuales eran casi todos ancianos que nunca fueron al frente de batalla. Como individuo, el soldado inglés sencillamente no tenía por qué ser vengativo; pero en masa era distinto. El ejército inglés odiaba al alemán con un odio ciego, feroz, mortal.

El segundo factor importante fué la fe en la propia causa. En último análisis, toda la moral descansaba en esta creencia. Y también ésta fué colectiva. En el ánimo de los distintos individuos la causa estaba representada de una manera diversa: la salvación de la civilización, el honor de la pa-

tria, la voluntad de Dios, la defensa de la libertad, etcétera. No conocemos fórmula alguna que abarque todos los fines de la guerra tal como se los representaban los individuos. Quizá la más aproximada es una fórmula negativa: la convicción de que no se les «traicionaba». En las opiniones individuales la creencia tenía asimismo toda clase de matices, desde la pasión más ardiente hasta el cinismo apenas velado. Pero el ejército en conjunto creía combatir por algo y que ese algo era digno del sacrificio. En esto creía intensamente, y, si hubiera dejado de creerlo, la moral se habría quebrantado. En una guerra corta y en una guerra por deporte, esta creencia no sería tan importante, pero en una contienda que se prolonga en ascendente e increíble gradación de horrores, perdura al fin como el fundamento mismo de la moral.

Así, pues, al cabo nos encontramos frente a un ideal como el elemento decisivo y de mayor importancia en los móviles del soldado: ideal vagamente comprendido, que no tenía una sola orientación, si se le mira desde

varios puntos de vista individuales, pero con todo eso, más real que el peligro y más valioso que la vida.

Cuando un soldado parte a tomar una trinchera, pierde toda conciencia personal y toda voluntad propia. Al terminar la angustiosa espera, se abalanza con todo el ímpetu de la emoción contenida. Va animado por el odio de la multitud y se arroja a ciegas contra el enemigo. Las reacciones habituales que adquirió en el curso de su preparación dirigen sus movimientos. Todo lo ve rojo y así combate. Después no recuerda nada, salvo una impresión general de horror. Mas, cuando tiene que permanecer inactivo durante largas horas soportando un bombardeo, o cuando tiritando y hambriento tiene que permanecer despierto en una trinchera lodosa o una cueva llena de ratas, entonces es la causa la que lo sostiene y la que decide la derrota o la victoria.

### III

## Los efectos de la guerra sobre el soldado

Todavía estamos demasiado cerca de la guerra para poder apreciar sus efectos con exactitud. Es muy sencillo enumerarlos, pero harto difícil decir cuáles son permanentes y cuáles son simples resultados de la reacción. Existe, por ejemplo, una marcada *disminución del idealismo*, un sentimiento general de desilusión. Sólo el tiempo podrá decir si esto es solamente una oscilación del péndulo; y de ello sólo podemos dar una impresión general en gradación de matices.

Las personas sentimentales que se enternecen con la guerra, nos parece como si no se dieran cuenta de lo que significa. La guerra es el oficio de matar. No se trata de que sea o no buena para el hombre una preparación física, como la que se adquiere en el ejército, ni que sea conveniente o no soportar penalidades y por medio de ellas experimentar las delicias de la camaradería, ni que a los hombres les

convenga o no llevar una vida simple. Todas estas son cosas accidentales en la guerra. La verdadera cuestión es si los hombres son mejores o peores por haberse visto obligados a matar a sus prójimos.

Comencemos dando por sentado que la esencia de la guerra es matar. El ejército fué organizado con este solo propósito. Nos desarrolló físicamente, no porque le importara nuestra salud, sino para que fuéramos suficientemente fuertes para matar alemanes; cuidó de los heridos, no con el fin primordial de aliviarlos, sino para remendarlos y enviarlos nuevamente a matar más alemanes; se valió de la religión, no porque le importaran un bledo nuestras almas, sino porque la religión podía ser un incentivo poderoso para matar alemanes; y así sucesivamente podríamos decir lo mismo de la larga lista de sus diversas actividades. Todas ellas tenían un mismo objeto: matar alemanes.

En la tarea de matar alemanes, nosotros, incidentalmente, estábamos expuestos a la muerte; en realidad, casi ciertos de encontrarla. Su imagen la

teníamos presente al ver a nuestros camaradas despedazados. Era impresionante el gran número de hombres que estaban seguros de que los iban a matar. La muerte estaba muy cerca de nosotros. Sólo que debíamos matar el mayor número de alemanes posible antes de que nos llegara el turno de morir.

Examinemos primero los efectos más superficiales. El desarrollo físico fué conveniente, pero por desgracia su eficacia no fué permanente. Una vez vueltos a la vida civil, la mayoría de nosotros dejamos que los músculos degeneren en gordura, y nuestro estado actual es peor que nunca. Cuanto al desarrollo físico y la salud en general, como resultado del servicio obligatorio en Alemania antes de la guerra, en verdad, no nos parece nada notable. La conveniencia del desarrollo físico no es un argumento de peso para la preparación militar universal, puesto que al ejército nada le importa el desarrollo físico, excepto en lo que atañe a sus propios fines.

Fué bueno quizá soportar penalidades y volver por un tiempo a la vida

simple, pero a pesar de ello, cuando estábamos en el ejército aceptábamos con placer todas las comodidades que podíamos lograr, y en manera alguna hemos adquirido el gusto permanente de la carne flaca y del cocido del ejército. Casi todos nos alegramos de volver a dormir en una buena cama. Sin embargo, ya sabemos de cuánto podemos prescindir, y nos enfrentamos al mundo con la reflexión consoladora de que apenas podremos pasarlo peor en lo futuro.

Hay ciertas virtudes del ejército, tales como la puntualidad y la limpieza, que figuran también entre las cosas que no perduran, pues nos fueron impuestas externamente, y las abandonamos con el uniforme. Los que ensalzan la guerra porque inculca estas virtudes, dejan de tomar en cuenta el fenómeno de la reacción. Recientemente hablaba con un viejo soldado que se alistó en el antiguo ejército muy joven aún, y que durante siete años estuvo sometido a la disciplina de mantenerse escrupulosamente aseado. Se disculpaba de no afeitarse, explicando que por haber tenido que hacerlo tan-

to en el ejército, ahora podía hacer lo que le viniera en gana, pues sentía profunda repugnancia por todo aquello que se había visto obligado a hacer anteriormente.

Lo más precioso fué la camaradería, la fusión general de las clases; pero temo que también ésta desaparezca pronto, y apenas se notan señales de que ejerza una influencia permanente en la vida nacional inglesa después de la guerra. Quizá seamos demasiado pesimistas, pero es notable la rapidez con que los héroes de las trincheras han vuelto a convertirse en las «clases inferiores.» Las huelgas numerosas y las desaveniencias entre obreros y patronos no fortalecen la creencia de que la guerra haya producido mayor solidaridad.

No creemos tampoco que haya señales de renovación religiosa alguna, aunque la religión se interprete como separada de la iglesia. Por cuanto se refiere a la religión organizada, ésta ha perdido ya todo su poder sobre nosotros. La culpa la tienen las procesiones religiosas en el ejército, y, además, tampoco nos sentimos seduci-

dos, pues los oficios eclesiásticos no ofrecen suficiente incentivo, y hoy en día se necesita uno poderoso para que nos interese en algo. Mucho más grave resulta no ser Dios la causa por la cual reconocemos haber combatido, y ahora que ya no estamos en el ejército, no nos sentimos muy seguros acerca de esa causa. El destino ciego que nos congregó y lanzó a la matanza no fué ciertamente la voluntad de Dios. Todo pasó como en una empresa inútil y desatinada, como si el mundo entero se hubiera venido abajo. No fué la mano de Dios la que nos guió. Ni estamos muy seguros de que exista un Dios. Sin embargo, creemos en el destino y hemos aprendido a resignarnos ante sus decisiones, pero mófándonos de él.

En la vida del ejército, en tiempo de guerra, alternan los períodos relativamente largos de aburrimiento y los períodos cortos de excitación intensa. Se cansa úno de estar inactivo, y, luégo, de pronto, vive toda una vida intensísima en el espacio de pocas horas. Por eso resulta difícil acostumbrarse de nuevo a la vida civil.

Hemos perdido el hábito del trabajo. Hemos degenerado en cuerpo y espíritu. Nada es capaz de excitarnos; nuestros nervios se niegan a ello. Estamos tan desabridos como el que ha visto el templo de Karnak y un amigo le enseña la oficina de correo de su pueblo. Pocos individuos encontramos en el ejército que conservaran su interés por las cosas de la vida. No le daban a úno ganas de hablar ni de leer ni de escribir cartas, ni se cuidaba de formar verdaderas amistades. Durante la guerra y el año siguiente, casi todos los teatros de Londres sólo representaban zarzuelas, y ha crecido mucho el interés por los periódicos del género del jocoso *Tit Bits*. Apetecemos algo frívolo y ligero.

Tenemos la sensibilidad embotada: no porque nos hayamos endurecido, sino porque se nos ha agotado la capacidad de sentir. ¡Qué importa un poco más de pena en un mundo que ha padecido tanto!

Ya no lo arrastran a úno los impulsos colectivos; no vocifera ni se precipita con las multitudes. Hemos dejado de pensar hondamente, y nada

nos importan las distinciones sutiles, que son la verdadera esencia de la verdad. En el ejército, de nada nos servía pensar con independencia, y hemos perdido el poder de juzgar por nosotros mismos. Nos hemos acostumbrado a la mentira como poderosa arma de guerra, sólo que la llamamos «propaganda».

El resultado general es que sentimos un entumecimiento horrible de cuerpo y alma. Mas confiemos en que sea sólo un fenómeno de reacción.

Volvamos ahora a la cuestión sustancial: la guerra es el oficio de matar. Para poder adaptar a su tarea al tipo común del hombre, el ejército tiene que rehacerlo. Es este un propósito estricto y bien definido, y el molde es tan estrecho que nos tienen que meter a la fuerza, y tenemos que perder mucho de nosotros mismos para poder adaptarnos.

El punto de vista disminuye el tamaño de las cosas. El humanitarismo se achica y convierte en patriotismo sectario. Todas las virtudes se definen en relación con la habilidad para matar. Cuanto la aminore es vicio; cuan-

to la perfeccione, virtud. Esta *nacionalización de la virtud* es, en nuestro sentir, una de las peores consecuencias de la guerra y acarrea grandes daños morales.

El embrutecimiento se lleva a cabo deliberadamente. Esto significa la regresión del hombre moderno a los instintos primitivos y salvajes, y la supresión de todos los refinamientos estéticos y las delicadezas sentimentales que puedan resultar incompatibles con el oficio de matar, inclusive la piedad y la simpatía intelectual. Esto principia con el proceso de la preparación. A nosotros nos ponían frente a un saco relleno de paja, con una terrible y aguda balloneta en la mano, e insistían en que nos diéramos cuenta de que el saco representaba a un alemán, cuyo hígado era el punto blanco que tenía en el centro, y que era nuestro deber clavarle la terrible y puntiaguda balloneta por el hígado. Para hacer el efecto más vivo, debía-se acometer lanzando tremendos alaridos y al clavar la bayoneta revolverla en los hígados del alemán y sacarla luégo. Naturalmente, a cual-

quiera le disgusta esto. Piensa úno que el alemán tiene un hígado tan sensible como el nuéstro, que tal vez es un muchacho decente, serio, bien intencionado, que quizá tiene su mujer y sus hijos que necesitan de él, que úno va mandarlo a comparecer ante Dios sin que tenga el alma preparada para ello. Pero, válganos Cristo, muy pronto se pierde toda esta clase de remilgos. Nuestra alma se alimenta con carne cruda, y el sargento nos estimula en este camino. Al poco tiempo nos hemos olvidado de los nervios, el hígado, la mujer, los hijos y el alma inmortal del alemán, y el simple saco se convierte en un verdadero alemán.

Se pierden todos los escrúpulos. Sí; pero son precisamente esos «escrúpulos», el reconocimiento de que nuestro contendor es también un hombre, los que forman la religión, la fraternidad, la moral y la civilización.

Y no es sólo la vida del alemán la que pierde su valor. La nuéstra vale poco. Suponed que del cuartel general salen siete individuos para el campo de preparación: un director de banco,

un hacendado de Australia, un ganadero de la Argentina, un estudiante, un abogado, un escritor y un músico. Todos son individuos distintos. Pues bien: a la semana son todos iguales, han olvidado los nexos e intereses que constituían su vida anterior, y hasta el propio nombre se les ha convertido en un número. Subsisten el apetito, la sensibilidad a la fatiga y los impulsos del sexo. Es como si lo despojaran a uno de su personalidad, lo redujeran a los elementos primitivos, al más bajo común denominador. Sabemos que para el ejército somos uno de tantos millones de fusiles efectivos. Eso es todo. Nos damos cuenta de que cuanto hemos anhelado, todo lo que hemos tratado de ser, vale menos que una pulgada de terreno que pueda ganarse. La vida de todos los demás vale tanto como la nuestra.

Creemos que este es el verdadero efecto de la guerra sobre el individuo: abarata la vida. Y, ¿cuál el resultado? Y bien, ¿qué le importa a uno nada excepto la migaja de placer que le pueda arrancar al momento? De nada le sirve ser bueno, si lo van a matar la

semana próxima; y bien puede darse un poco a la juerga mientras sea posible.

Uno queda reducido, pues, a lo primitivo. Pero lo primitivo no es ni lo verdadero ni lo bueno. EL AVANCE DE LA CIVILIZACIÓN SE FUNDA EN EL AUMENTO DEL VALOR DE LA VIDA INDIVIDUAL. La guerra se opone directamente a la civilización y a la moral. Es imposible que hayamos pasado por ese trance, y que sigamos siendo los mismos. Nuestro veredicto general sobre la guerra es que menoscaba infinitamente nuestra moralidad. Lejos de constituir una exaltación espiritual, es exactamente lo contrario.

Es un mal, casi el extremo del mal. En ciertos casos, puede que no sea el peor mal imaginable, y hasta puede ser un mal necesario.

Empero, por amor de Dios, ¡no digamos que la guerra es buena!



## Miscelánea

A propósito de *Repertorio Americano*: el n° de 30 de julio trae una entrevista de un redactor de *Excelsior* (de México) con don Antonio Caso, «uno de los grandes prestigios» de su país. Va el Sr. Caso a recorrer algunos Estados sudamericanos, «en representación oficial de su patria», y piensa ir luego a España. Dice que tiene grandes deseos de conocer al rey don Alfonso, «ilustre monarca que ha demostrado en más de una vez cómo las instituciones monárquicas son compatibles con las más puras prácticas democráticas».

Por cierto que estas palabras, de labios de un filósofo, que debe conocer ante todo los términos que emplea (monarquía, democracia, etc.), son para dejar a cualquiera con la boca abierta.

Pero más la abrirá quien ponga atención en el siguiente momento de la entrevista:

«— ¿Quiere usted decirme cómo nació en usted la inclinación por la filosofía?

«— Con mucho gusto y en muy pocas palabras. Al emprender mis estudios de Lógica y Psicología, me di a leer los libros que entonces se nos ofrecían, y que eran de la escuela positivista, en los que se fijaba el conocimiento conforme a las tesis de la escuela. Los problemas metafísicos se constreñían dentro de límites muy exiguos. *De ahí nació en mí el sentimiento de que es humano tratar de reformar la epistemología positivista.*»

(Al lector que no sepa griego: Epistemología es lo mismo que gnosiología o teoría del conocimiento).

Y el embobamiento llegará al colmo cuando, para acabar, pronuncia don Antonio Caso, «con gran unción», «estas hermosas palabras»:

«— *Para mí, Jesús es el modo de resolver todos los problemas.*»

¡Ay! Jesús! ¡qué bien ha reformado don Antonio la epistemología y todas las otras logias! ¡Ni más ni menos que sor Rita, hace ya cientos de años!

\*  
\* \*

Nuestras dos revistas más serias y las que mejor llevan sus nombres son: la *Revista de Costa Rica*, que dirige don J. Frco. Trejos Quirós, y el *Repertorio Americano*, del prof. García Monge. Ambas se completan recíprocamente. Y sus labores merecen muy singular encomio. Pero esto no quiere decir que no quepa algún reparo insignificante. Por ejemplo: cabe preguntarse por qué reprodujo el Sr. Trejos el discurso de Holguin y Caro acerca del determinismo y por qué dió campo el señor García a algunas simplezas paternas, «recogidas» como anécdotas costarricenses por algunos maestros de escuela.